

mente resguardarse de los efectos del desorden eclesiástico interior, para lo cual lo mejor era la neutralidad absoluta, cuyo medio estaba siguiendo a la sazón Francia, que acababa de salir vencedora de la lucha desesperada contra el dominio extranjero. Pero en Francia procedieron de acuerdo el monarca y el pueblo, los laicos y el clero en la defensa del honor nacional y de las libertades de la Iglesia galicana; en Francia una ley fundamental excluía a todos los extranjeros de las prebendas de la Iglesia en todo el territorio francés; la misma ley aseguraba las elecciones de los obispos contra toda influencia de Roma, conforme había decretado también el concilio de Basilea, dificultaba la explotación de Francia por la curia y no permitía que el Papa invadiera la jurisdicción de los obispos franceses. Todas estas ventajas votó con el nombre de «Sancion pragmática,» junto con la neutralidad de Francia en presencia de los papas y concilios rivales, en enero de 1438, un sínodo nacional reunido en Bourges.

Fué un momento grande aquel en que Alemania entró en esta senda. Entre las obligaciones que los príncipes electores estaban resueltos a imponer al nuevo rey de Alemania figuró también la neutralidad en la contienda de la Iglesia. Los príncipes habían pensado en el Hohenzollern Federico I de Brandeburgo como el hombre mas propio para el trono de Alemania y para la política de neutralidad, pero justamente por esto se opusieron a su elección tanto el concilio de Basilea como Eugenio IV, y todos los votos se reunieron a favor de Alberto V de Austria, que ocupado en Hungría y Bohemia ni siquiera había dado un paso para ceñir la corona de Alemania que en su concepto no merecía la pena de ser solicitada. Era Alberto V monarca grave, severo, práctico, sin las inclinaciones fantásticas de su suegro, y además genio militar. Era el hombre mas a propósito para aquellas circunstancias, y siendo indiferente en los asuntos eclesiásticos y acostumbrado a obrar solamente según la situación política, aceptó desde el primer instante la neutralidad proclamada por los príncipes electores. Con Alberto V penetraron la claridad y la resolución en la política del imperio, cuya alma fué desde entonces el canciller Gaspar Schlick. Este ministro, natural de Eger, hijo de una familia de la clase media, había hecho su carrera sirviendo al emperador Segismundo, y elevado a la categoría de conde del imperio, dirigió con suma habilidad en representación de Alberto V los debates del parlamento reunido en Nuremberg. En la primavera del año 1439 un parlamento reunido en Maguncia decidió que el imperio guardaría estricta neutralidad en frente del cisma de la Iglesia, y al propio tiempo adoptó, a imitación de Francia, los decretos de reforma del concilio de Basilea, que muy equivocadamente se ha llamado la «sancion pragmática de los alemanes.» Si a tanto no llegaron los citados decretos, fueron de todos modos para Alemania un primer paso para la formación de una Iglesia nacional.

Así las cosas, murió Alberto V de Austria en el mes de octubre de 1439 en Hungría, ocupado en una campaña contra los turcos, antes de haber puesto los pies en Alemania como rey de este país. Sin haber hecho mas que mantenerse neutral en la gran lucha eclesiástico-política de su tiempo, Alberto II de Alemania había llegado a ser personaje político importante para el imperio, porque la neutralidad de este rey puso al país en estado de conquistar su independencia de Roma; pero muerto él dependía de su sucesor que la Alemania realizara esta conquista.

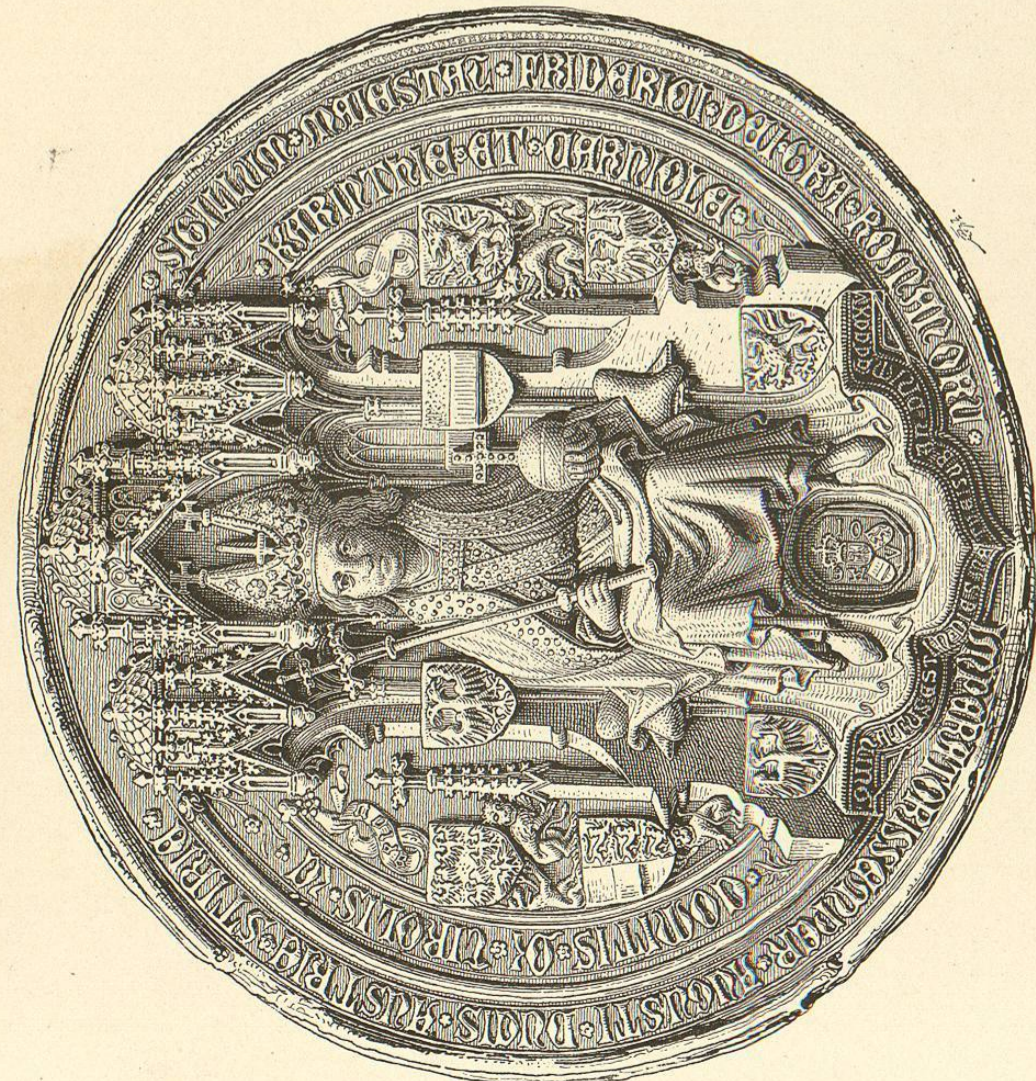
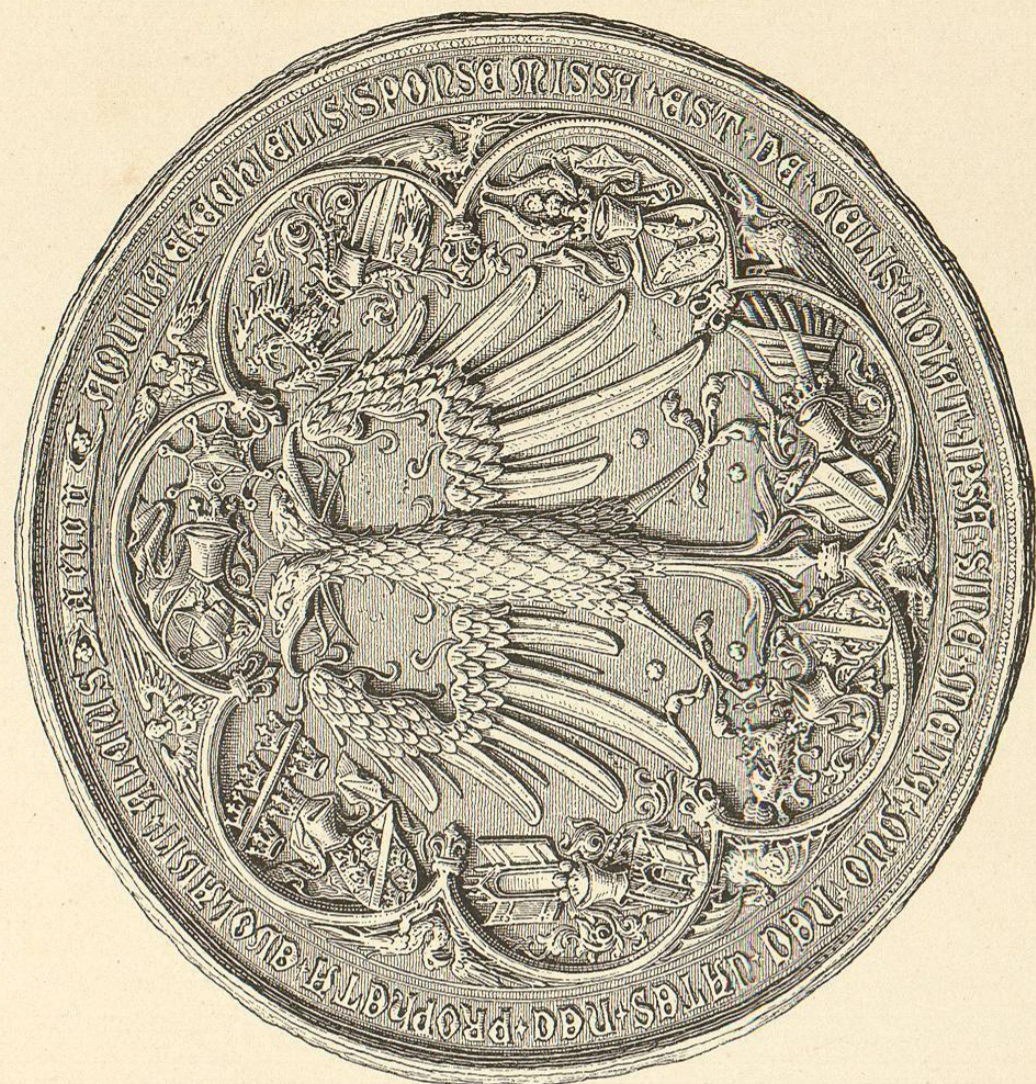
La elección de los príncipes recayó en el hermano del difunto, el duque Federico de Estiria, Carintia y Carniola, a instigación de Federico II de Sajonia, a quien en este asunto

solo guiaban motivos egoistas y mezquinos. A pesar de esto la elección fué tolerablemente acertada. La muerte de su hermano Alberto le había hecho jefe de la casa de Habsburgo con los deberes y derechos anexos. La viuda de Alberto II dió a luz un hijo, que fué llamado Ladislao Póstumo, y siendo Federico III su tutor nato y como tal administrador de su herencia, es decir, de la monarquía de las casas de Austria y Luxemburgo, el nuevo rey de Alemania reunía en sus manos un gran poder que le aseguraba influencia decisiva en el imperio y en la Iglesia; mas Federico III carecía del talento necesario para utilizar tan gran poder con criterio y prevision, y en lugar de dirigir los sucesos se dejó dirigir por ellos sin voluntad propia.

Dos años dejó pasar Federico antes de poner los pies en Alemania, lo cual redundó casi en favor de la misma y de su reforma interior, por lo menos mientras la política del imperio no cambió respecto del concilio. Después de repetidos aplazamientos, un parlamento reunido en Francfort, en el mes de julio del año 1442, trató de asegurar la paz interior, del arreglo monetario, de la administración de justicia y de otras cuestiones interiores; pero las resoluciones que se adoptaron no pasaron del papel en que se escribieron. Sin una organización cualquiera, con tal que diera alguna fuerza al llamado imperio alemán, no podía éste emprender la tarea de dar solución a la cuestión de la Iglesia, que continuó tal como estaba, sin que mejorasen la situación ni las negociaciones que siguieron en Francfort los plenipotenciarios de los partidos eclesiásticos ni las conferencias que el rey celebró en Basilea con Félix V.

Este estancamiento fué ya una ventaja para el partido papal, que se concentró alrededor de Eugenio IV, de cuya victoria final no podía dudarse y cuyas fuerzas iban en constante aumento, mientras se disminuían cada día mas las filas del concilio de Basilea. Los partidarios de esta asamblea se pasaron uno tras otro a la reacción que se estaba preparando y que les prometía brillante recompensa. El docto Nicolás de Cues y el habilísimo Eneas Silvio Piccolomini, uno de los principales representantes del renacimiento de las letras antiguas, abandonaron la causa del concilio. Eneas Silvio entró al servicio de Federico III, que estaba ya hastiado de tantas y tan inútiles negociaciones; y en su nuevo puesto supo hacerse pronto indispensable a ambas partes y reunir en sus manos los hilos de la madeja diplomático-eclesiástica. Los príncipes del imperio tampoco esperaron ya resultado alguno del concilio; y el rey favoreció con su inacción las maniobras de Eugenio IV y de sus partidarios, porque no concurrió a los parlamentos en que se debía tratar la cuestión eclesiástica.

Un paso dió en ella en agosto de 1444 el parlamento reunido en Nuremberg, el cual decidió continuar la neutralidad un año mas, y si para entonces no se había restablecido la unidad de la Iglesia reunir un concilio árbitro en una ciudad alemana al cual asistiera el rey Federico III. Por desgracia se habían declarado ya a favor del papa Félix V los dos electores eclesiásticos de Colonia y Tréveris y el laico de Sajonia; y luego desacreditó mucho al rey la calamidad terrible de las bandas de soldadesca francesa que en otro tiempo había reunido el conde de Armagnac. Había tomado el rey a sueldo esta tropa contra los suizos; pero habiendo sido derrotada por éstos cerca de San Jacobo de Birs, se diseminaron los mercenarios por la Alsacia y la cuenca del Alto Rhin, y pasaron todo a saco cometiendo innumerables atrocidades. Tantas y tan grandes fueron las reconveniones y reclamaciones que se dirigieron a Federico, que éste perdió las pocas ganancias que había tenido de ocuparse en los asuntos del imperio; en adelante solo procuró por su casa, y si bien aparentó



Sello del emperador Federico III (tamaño del original).

Anverso. — Centro: el emperador en traje de coronación está sentado en un trono de estilo gótico con tres dorseles. En la parte izquierda, adhiriendo al trono, el escudo con el águila doble y en la derecha el de Austria con la faja. Los demás escudos a la izquierda, de arriba abajo, son el del Austria antigua, de Carintia y de Carniola, y a la derecha el de Estiria, del Tirol y el de Habsburgo. Entre los pies del emperador figura su sello comun, de su anillo, con los escudos del imperio, de Austria y de Estiria y las letras A E I O U, abreviación del lema: *Austrarie Est Imperare Orbi Universo*, que se repite también en la cinta del escudo del Austria antigua. La doble inscripción circular dice: SIGILLUM MAJESTATIS FRIDERICI DEI GRA ROMANORUM IMPERATORIS SEMPER AUGUSTI DUCIS AUSTRIE STIRIE.

KARINTHIE ET CARIOLE, COMITIS AC TIKOLIS, ETC.; la inscripción al pie del trono dice: QUI NATUS EST IN DIE S. MATHEI SUB AN. DNI. MCCCXXV.

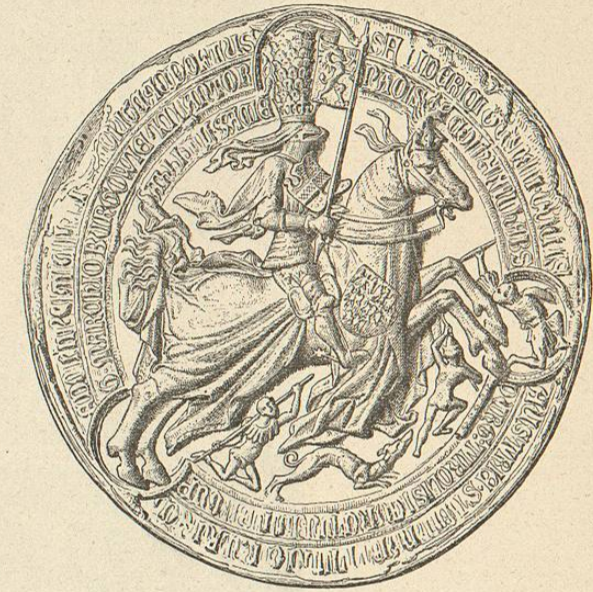
Reverso. — Centro: el águila doble rodeada de los escudos de armas de Windischmark, encima de sus dos cabezas, siguiendo, de izquierda a derecha, los de Alsacia, Portenau, Kiburg, Burgau, Pírd y Austria al Norte del Ems. La inscripción circular dice: * AETIOU * AQUILA * EZECHIELIS * SPONSE * MISSA * EST * DE * CELIS * UOLAT * IPSA * SINE * META * QUO * NEC * UATES * NEC * PROPHEETA * EUOLAUIT * ALCIUS.

Consérvase en el Archivo oficial del Estado, en Berlín.

tambien gran indiferencia, sacrificó á los intereses de la casa de Habsburgo todos los demás, así los de Alemania como los de la Iglesia. Todas las ventajas que alcanzó para su casa las pagó el imperio. El hombre de confianza del rey era el habilísimo Eneas Silvio, el cual llevó la resolución de Nuremberg al papa Eugenio IV, en cuya ocasion se reconcilió con la curia, excusando sus tendencias reformistas con la irreflexion juvenil, y desde entonces fué el hombre de confianza de la reaccion en la Iglesia. El fué quien sirvió de mediador entre ella y el rey separándose de la causa del concilio y entregando al papado la nacion alemana atada de piés y manos. Para ganar la voluntad del rey, la curia, cuyos plenipotenciarios trataron con Federico III directamente en Viena, hizo grandes sacrificios que segun se decia no podia hacer á favor de nadie, pues le concedió la provision de seis mitras en sus Estados hereditarios y cien prebendas; le otorgó además el derecho de visita en los conventos de Austria y por último le prometió á nombre del Papa coronarle emperador, concediéndole la décima parte de todos los beneficios eclesiásticos del imperio aleman para subvenir á los gastos del viaje á Roma y de la coronacion, además de 220,000 ducados en metálico. A este precio abandonó Federico III la reforma eclesiástica y el porvenir de Alemania.

En el mes de noviembre de 1445 volvieron á estar reunidos los príncipes alemanes en Francfort, y á la renovacion de las resoluciones tomadas el año anterior respecto de la unidad de la Iglesia y de la apelacion á un nuevo concilio se asoció Federico por medio de sus plenipotenciarios; pero tan pronto como supo que Eugenio IV habia ratificado en enero de 1446 el convenio de reconocimiento hecho en Viena, arrojó la máscara. Entonces empezó la curia á proceder por su parte con energía; y los arzobispos Dietrich de Colonia y Jacobo de Tréveris, que eran partidarios del concilio de Basilea y del papa Félix V, fueron excomulgados en febrero de 1446. Esta excomunion excitó una grandísima indignacion en Alemania, porque si se permitia al Papa excomulgar, es decir, destituir á príncipes electores, ya no quedaba sombra de la soberanía de éstos ni de ninguno de los señores territoriales de Alemania, ni del mismo imperio aleman, entregado tan vilmente al papado. En marzo los príncipes electores formaron una nueva liga en Francfort para garantizarse mutuamente sus dominios y derechos, y al mismo tiempo se declararon dispuestos á reconocer y prestar obediencia á Eugenio IV siempre que este papa reconociese la supremacía del concilio, ratificase las reformas por él decretadas y convocase un nuevo concilio dentro del término de un año. En caso contrario, continuarían fieles al concilio de Basilea, al cual harian trasladar á otra ciudad donde no lo presidiria el papa Félix V, y se someterian unánimemente á este concilio libre, sin dejarse guiar por lo que hiciese el rey. Esta declaracion era un *ultimatum* tanto para Eugenio IV como para el emperador, y el camino para llegar á una organizacion nacional de la Iglesia de Alemania. El alma de esta actitud de los príncipes electores fué un noble de Franconia, Gregorio de Heimburg, patriota fogoso, entusiasta y decidido, que por escrito y de palabra defendió los derechos de los soberanos alemanes y el honor de toda la nacion, y fué en un todo lo contrario del intrigante Eneas Silvio que solo andaba por caminos tortuosos, fingiendo trabajar exclusivamente por la Iglesia, mientras en realidad su único objeto era satisfacer su ambicion personal de llegar al puesto mas encumbrado de la cristiandad. El pobre aleman no podia luchar con éxito contra el astuto y hábil italiano, tanto menos cuanto que sus compatriotas, cuyos intereses defendia, no eran consecuentes ni capaces de sacrificar á la causa comun la mas pequeña parte de sus intereses particulares.

Gregorio de Heimburg fué el portador del citado *ultimatum*, que entregó en Roma al papa Eugenio IV, pero ni éste ni Federico III dieron una contestacion precisa. En cambio se conformó con él gustoso el concilio de Basilea, porque en algun modo ensanchaba su horizonte, ya muy menguado. En setiembre del mismo año volvieron á reunirse los príncipes electores para deliberar sobre la actitud del Papa, la cual les disgustaba muchísimo; pero se engañaron los amigos de la reforma si esperaban algun acto enérgico á favor de la causa que defendian, porque andando el juego entre hábiles diplomáticos italianos y alemanes venales, se separó de la liga de los príncipes electores primero el de Colonia, cuya deserccion produjo honda impresion en sus compañeros, siempre vacilantes. Eneas Silvio aprovechó este momento para hacer el papel de mediador entre la liga y el Papa, y poco le costó, torciendo y estirando hábilmente las palabras, convencer á los príncipes, cansados de la lucha



Sello de Federico III como duque de Austria.

Consérvase en el Archivo secreto del Estado, en Berlin.

y deseosos de abandonarla, que podian hacerlo sin mengua, pues que el arreglo que les ofrecia satisfacía una parte de sus exigencias. Casi todos los príncipes se declararon conformes y prometieron, luego que Eugenio IV hubiese ratificado el arreglo, hacerle entrar en vigor. Si esta liga se hubiera compuesto de personas de otro temple, podria haber sido un peligro gravísimo para el papado; y á Eneas Silvio cupo el mérito de haber apartado este peligro de la manera mas sencilla. En adelante no se trató ya de reformar la Iglesia, ni siquiera en Alemania, y el concilio de Basilea quedó desarmado, porque luego desertaron de sus filas además del obispo de Colonia los príncipes electores de Tréveris y Sajonia.

El arreglo negociado por Eneas Silvio á pesar de no obligar al Papa á nada, porque todas las concesiones hechas por éste quedaron ilusorias por nuevas modificaciones y subterfugios, era para muchos partidarios del papado todavía demasiado generoso; pero el Papa desoyó todas las insinuaciones contrarias y lo ratificó en el mes de febrero de 1447. Si en este arreglo se obligaba á convocar un concilio en una de las cinco ciudades alemanas que en él se citaban, á renglon seguido se decia que para esto era preciso la conformidad de todas las naciones. El reconocimiento de la supremacía del concilio sobre los papas estaba redactado en términos tan oscuros y ambiguos, que sin esfuerzo nin-